

Reseña de *Se sentir mal dans une France qui va bien. La société paradoxale*

EGUZKI URTEAGA

Universidad del País Vasco

1. Datos Bibliográficos

- Nombres y apellidos del autor: Hervé Le Bras
- Título de la obra: *Se sentir mal dans une France qui va bien. La société paradoxale*
- Ciudad donde se editó: La Tour d'Aigues
- Editorial: Editions de l'Aube
- Fecha de edición: 2019
- Número de páginas: 165
- ISBN: 978-2815934077



Hervé Le Bras acaba de publicar su último libro titulado *Se sentir mal dans une France qui va bien. La société paradoxale* en la editorial de l'Aube cuya colección *Monde en cours* está dirigida por Jean Viard. Conviene recordar que este demógrafo e historiador galo es director de investigación emérito en el Instituto Nacional de Estudios Demográficos y director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Simultáneamente, ha ocupado números cargos docentes e investigadores en Francia, tales como la cátedra Colegios de estudios mundiales en la Fundación de la Casa de las Ciencias del Hombre. Fundador y editor de la revista *Mathematical Population Studies*, ha sido redactor jefe de *Populations* y miembro de los comités editoriales de numerosas publicaciones como *Histoire & mesure* o *Demographic research*. Autor de incontables artículos en revistas científicas tanto galas como extranjeras, ha publicado numerosos libros, entre los cuales es preciso mencionar *Les Limites de la planète* (1994), *Le Démon des origines* (1998), *La Démographie* (2005) y, más recientemente, *L'âge des migrations* (2017).

En la introducción de la presente obra, Le Bras constata que “el 94% de los [ciudadanos] franceses se [sienten] felices de vivir en su país, según un sondeo efectuado en marzo de 2018 en los 29 países de la Unión Europea por el Eurobarómetro” (p.7). Semejante proporción está por encima de la media de la Unión (91%) (p.7). Esta felicidad se debe, en parte, a un “sistema social protector. De todos los países [europeos], Francia consagra, en efecto, la mayor parte de su renta a la protección social. El 34% de su PIB [está dirigido] a las prestaciones de sanidad, jubilación, desempleo, vivienda [y] discapacidad” (p.7). En ese contexto, ¿Cómo explicar el movimiento de los Chalecos Amarillos y el apoyo del que goza en la población? (p.8). Para comprender esta paradoja, es preciso analizar “para qué sirven estos 34% del PIB dedicados a la protección social en comparación con las necesidades de la población y aquellos de otros países” (p.8).

En el primer capítulo, dedicado a la desgracia francesa, el demógrafo galo observa que, si una amplia mayoría de los ciudadanos de ese país se siente feliz de vivir en Francia, “simultáneamen-

te, una fuerte proporción multiplica las valoraciones negativas sobre ese país y sobre su futuro” (p.11). Ese pesimismo supera el de los demás países europeos (p.11). “A la pregunta: ¿Confía en el futuro?, solamente el 58% de los franceses responden positivamente, mientras que los demás habitantes de la Unión son, de media, el 69% en ser confiados” (p.11). El pesimismo hexagonal “se extiende prácticamente a todos los ámbitos de la vida colectiva” (p.11). Así, “el 66% declara no confiar en los medios [de comunicación]”, frente al 56% en la UE (p.11). Asimismo, solamente el 7% de la población gala confía en los partidos políticos, frente al 19% en la Unión, y sucede algo parecido con los sindicatos (p.12). Al contrario, confían, en mayor medida, en las instituciones que asumen funciones regalianas. De ese modo, “se declaran, más que la media europea, satisfechos de [la] policía, [del] ejército, e incluso [de la] función pública” (p.12).

Además, a pesar de que el Estado de Bienestar sea el más generoso de Europa, los ciudadanos franceses no hacen una valoración positiva del mismo, “dado que, con el 34% de respuestas favorables, son, de lejos, los que menos lo valoran en Europa, donde se observa globalmente un 67% de respuestas favorables” (p.14). Su opinión es igualmente adversa sobre sus conciudadanos, puesto que el 38% consideran no tener muchos puntos en común con los demás, con diferencia, la proporción más elevada de la UE (p.15). En cambio, su opinión respecto a la familia es netamente positiva (p.15). La diferencia entre los porcentajes de sus valoraciones sobre “su vida en general” y “la situación del país” da cuenta, según Le Bras, “del repliegue en la vida privada” (p.15). De hecho, los ciudadanos galos tienen el segundo desfase más importante (48%) de todos los países europeos (p.15).

En cuanto a su valoración “sobre la evolución de su existencia personal en general y la del país a lo largo de los últimos años, el 82% de los [ciudadanos galos] estiman que la situación de su país se ha deteriorado (...), mientras que solo el 35% piensan que su situación personal se ha degradado” (p.16). Por lo cual, “se encierran, a la vez, en el pasado y en la vida privada” (p.16). Para el autor, el confinamiento en la vida privada está vinculada a otra peculiaridad del Hexágono: “es el país de Europa que tiene la fecundidad más elevada” (p.17).

En el segundo capítulo, consagrado a las desigualdades y a la pobreza, el investigador francés recuerda que “la demanda más frecuente de los Chalecos Amarillos y de los participantes al Gran Debate ha sido la mejora del poder adquisitivo” (p.19). Los datos indican que “la renta disponible de los individuos ha progresado rápidamente durante los Treinta Gloriosos, [se ha estabilizado] entre 1976 y 1987 tras la crisis petrolífera, antes de retomar su ascenso hasta 2008. Pero, desde entonces, ha dejado de crecer” (p.19). Además, “los ganadores y los perdedores no han sido los mismos antes de 2008 y después” (p.20). En efecto, las personas mayores de entre 65 y 74 años han continuado a salir beneficiadas, puesto que “su renta mediana ha seguido siendo superior a la media durante prácticamente todo el periodo. Es [actualmente] superior del 10% al nivel medio” (p.20). En cambio, “las personas menores de 18 años siguen siendo el grupo de edad más pobre, y su situación no ha evolucionado mucho a lo largo de los últimos veinte años” (p.21).

Desde la crisis de 2008, “la renta de las personas menores de 65 años ha disminuido del 2,5%, mientras que aquella de los más mayores ha progresado del 9%” (p.22). 2008 ha interrumpido igualmente “la aproximación de la renta de los obreros y aquella de las clases superiores” (p.22). A partir de entonces, “las posiciones se han solidificado, [ya que], ni la renta de los [directivos], ni la de los obreros ha progresado” (p.22). Por último, los hogares se han visto afectados de diferentes maneras por la crisis (p.23). “Las rentas de los hogares monoparentales y de las personas solas activas, que ya habían progresado mucho menos que la media entre 1996 y 2012 (el 8% y el

11% respectivamente), han disminuido desde entonces, respectivamente del 1% y del 3,5%. En cambio, las parejas activas, con o sin hijos, cuya renta había progresado significativamente del 21% durante el primer periodo”, han visto su renta estabilizarse (p.23).

El índice de Gini muestra que “la desigualdad disminuye netamente entre 1970 y el inicio de los años 1990, [y] luego aumenta lentamente tendencialmente (...). Si se excluye el ligero [repunte] de 2010 y 2012 a causa de las secuelas de la crisis de 2008, la tendencia es a la estabilidad desde 2005” (p.23). Sean cual sean los indicadores elegidos, “Francia ocupa una posición mediana e incluso mediana superior, en el sentido de que las desigualdades son más débiles que la media europea” (p.26).

A su vez, en el Hexágono, la pobreza ha disminuido considerablemente desde hace medio siglo. “Era todavía del 13% en 1970 [y] es [actualmente] del 8%” (p.29). No obstante, “la pobreza no ha evolucionado de la misma manera para las diversas categorías de la población. Entre 1996 y 2016, ha aumentado para los menores de 40 años y disminuido para aquellos mayores de 65 años” (p.29). Asimismo, “las situaciones familiares han acentuado o contenido la pobreza. Ha aumentado para los más frágiles, las personas solas y las familias monoparentales, y disminuido para las parejas, con o sin hijos” (p.31). La tasa de pobreza en Francia es “entre las más bajas, precisamente la sexta tasa más baja de la Unión” (p.31). En materia de desigualdades patrimoniales, si esta ha variado poco en general, en detalle, “el patrimonio medio de los dos tramos más pobres ha disminuido, el del tercer tramo [se ha estabilizado] y del tramo superior ha aumentado” (p.35). En cuanto a la distribución del patrimonio en los 17 países de la eurozona, Francia ocupa una posición mediana.

En resumidas cuentas, en comparación con los demás países europeos, “Francia figura entre aquellos en los cuales la pobreza y las desigualdades están mejor contenidas y mejor corregidas por la política social” (p.37).

En el tercer capítulo, que se interesa por la sanidad, Le Bras pone de manifiesto que “la sobrepoblación de los servicios de urgencias, cuyo número de pacientes se ha duplicado desde hace diez años, la extensión de los desiertos médicos, la disminución del número de [médicos de cabecera] y de ciertos especialistas, tales como los oftalmólogos, el cierre de maternidades y de hospitales de proximidad, el aumento del [copago, o] el no reembolso de un número creciente de medicamentos” parecen indicar que el sistema sanitario galo está en crisis (p.39).

A pesar de ello, la esperanza de vida en Francia es de las más elevadas del mundo, especialmente entre las mujeres, ya que “pueden esperar vivir 85,3 años de media” (pp.39-40). De hecho, “la esperanza de vida ha aumentado mucho en Francia desde mediados de los años setenta, sobre todo en razón de la bajada de la mortalidad en edades [avanzadas]” (p.42). No obstante, desde 2015, “una ralentización próxima a la estabilización se perfila. (...) La misma ralentización se ha producido en una mayoría de países desarrollados” (p.42).

De cara al futuro, “el optimismo en cuanto a la evolución (...) de la mortalidad está a menudo justificado por el avance de la medicina” (p.43). Además, “si las rentas progresan, si la proporción de categorías sociales populares disminuye, si la educación se generaliza, la parte de las esperanzas de vida más altas debería aumentar y, con ella, la esperanza de vida de toda la población” (p.43). Pero, las diferencias de esperanza de vida son notables en función de la categoría socio-profesional, la renta, el nivel educativo o el género (p.44). Además, varios factores aumentan el riesgo de fallecimiento, tales como el consumo de opiáceos en Estados Unidos. “En Europa, los principales

factores de riesgo son (...) la adicción al tabaco y al alcohol” (p.44). En materia de consumo de tabaco, “Francia está únicamente superado por los antiguos países del bloque soviético”, mientras que, en cuanto al consumo de alcohol, el Hexágono ocupa el noveno lugar (p.46).

En lo que se refiere al número de médicos para mil habitantes, Francia se sitúa en una posición mediana, al ocupar el 24 lugar sobre un total de 44 países. Su clasificación mejora en lo que atañe al número de enfermeras y comadronas, al situarse en el 13 lugar (p.46). Y, en materia de gasto sanitario con respecto al PIB, Francia se sitúa en el cuarto lugar, por detrás de Alemania, Holanda y Reino Unido, pero por delante de los países nórdicos (p.48).

En el cuarto capítulo, referente a las prestaciones sociales y a las pensiones, el demógrafo galo observa que, aunque el nivel de las prestaciones sociales sitúa a Francia en la primera posición europea con el 34% del PIB, la opinión pública considera que “el nivel elevado de las prestaciones está causado por la punción que opera la burocracia a causa de procedimientos ineficaces”, olvidando que la gestión solo representa una pequeña parte del total de las prestaciones, en torno al 4% (p.55). “Estas prestaciones sociales aseguran una importante redistribución de las rentas. (...) Representan el 45% de la renta disponible por encima del primer decil”, es decir para los 10% más pobres (p.57).

En esta materia, “la situación de las personas mayores ha mejorado considerablemente desde los años sesenta” (p.59). Hoy en día, solamente el 4,5% de las personas mayores de 65 años cobran la pensión mínima, lo que significa que su proporción “ha sido dividida por diez y su número por cinco” (p.60). El elevado nivel de las pensiones y “su generalización han reducido eficazmente la pobreza de las personas mayores, tal como existía hace medio siglo” (p.60). Esto tiene repercusiones presupuestarias, dado que “Francia es (...) el tercer país de la Unión Europea que atribuye el mayor porcentaje de su PIB a la vejez” (p.60). Esto se explica por el elevado nivel de las pensiones en comparación con la mayoría de los países europeos (p.61). Además, en 2016, los ciudadanos galos se jubilan de media a los 60 años. Y, como la esperanza de vida es elevada en Francia, “la duración de vida media tras jubilarse es, ella también, la más elevada de los países europeos, tanto para los hombres (23,6 años) como para las mujeres (27,6 años)” (p.62). A su vez, la duración del trabajo semanal es una de las más bajas del Viejo Continente (p.63).

Según Le Bras, los ciudadanos franceses no son conscientes de su situación ventajosa con respecto a otros países, ya que una proporción no desdeñable desean jubilarse de manera anticipada, aunque sean realistas al respecto (pp.66-67). Pero, ese realismo no es aceptado de buen gusto (p.67). A menudo, justifican su demanda de aumento de las pensiones por su deseo de “ayudar a sus hijos que tienen dificultades para encontrar un trabajo o alojarse” (p.67).

En el quinto capítulo, que aborda las familias y la vivienda, el demógrafo francés pone de relieve que “el malestar francés se traduce por una proporción elevada de suicidios”, en comparación con los países vecinos (p.69). “La tasa se eleva durante los años sesenta, se estabiliza a 20 por 100.000 de 1980 a 1995, y luego se inicia una decrecida hacia su valor actual de 14 [por 100.000]” (p.69). Esta bajada afecta a todos los grupos de edad por igual y “la crisis de 2008 no tiene ningún efecto sobre esta evolución, así como el auge del desempleo” (p.70).

Asimismo, a partir de mediados de los años setenta, la mayoría de los comportamientos familiares cambia. Repentinamente, “el número de matrimonios disminuye y la bajada prosigue hasta hoy en día” (p.71). La fecundidad retrocede a su vez. Esto se debe ampliamente al incremento de la edad de matrimonio y, por lo tanto, a la edad del primer nacimiento (p.71). De la misma forma,

el número de nacimientos fuera del matrimonio crece así como la cantidad de divorcios (p.71). En 2015, “la proporción de divorcios se eleva en Francia al 46% de los matrimonios celebrados siete años antes” (p.76). Francia se sitúa en una posición un poco superior a la media, “pero inferior a la de una decena de países” (p.76).

Esto se traduce por “un aumento de la proporción de personas que viven solas y de la proporción de familias monoparentales” (p.72). Así, si en 1962, el 6,5% de las personas viven solas en Francia, esta proporción alcanza el 16% hoy en día, es decir una de cada ocho personas (p.73). A su vez, la proporción de familias monoparentales ha aumentado considerablemente con el incremento del número de divorcios. “En 2015, el 24,5% de las familias eran monoparentales, frente al 7% en 1982” (p.74). En esta materia, “sobre los 29 países [europeos], Francia es el 11 país con la menor proporción de familias monoparentales” (p.75).

En cuanto a la vivienda, su peso “ha aumentado en el consumo final de los [ciudadanos galos], pasando del 21% al 26% entre 1982 y 2015, lo que ha sido una de las causas importantes del reciente descontento” (p.80). No en vano, “Francia [dedica] uno de los presupuestos más importantes de la Unión a ayudar a los más pobres a [pagar] sus gastos de alojamiento” (p.80). A pesar de ello, el Hexágono sufre de sobrepoblación en las viviendas, situándose en el octavo lugar en esta materia con el 7,5% (pp.82-83).

En el sexto capítulo, que aborda la cuestión de la seguridad, el autor observa que, “en Francia metropolitana, desde hace veinte años, el número de homicidios evoluciona [claramente] a la baja” (p.86). No obstante, comparando el Hexágono con los demás países de Europa del Oeste y del Norte, “el lugar de Francia es malo”, dado que, en 2014, sobre los 15 países de esta zona geográfica, tiene la tercera tasa más elevada de homicidios (p.86). Asimismo, en cuanto a la proporción de presos por habitante, “Francia no se encuentra en una muy buena posición”, dado que, “encarcela menos que Reino Unido y España, pero más que Alemania” (p.88). En resumidas cuentas, en materia de seguridad, “Francia ocupa un lugar mediano o por encima de la media” europea (p.92).

En el séptimo capítulo, que analiza la situación de la periferia, Le Bras subraya que una de las explicaciones de la revuelta de los Chalecos Amarillos es geográfica, puesto que “las metrópolis han sido acusadas de acaparar la atención y los medios [del país], rechazando en la sombra [la] periferia (...). No solamente esta periferia sería más pobre, menos educada [y] más mayor, sino que los políticos la descuidarían” (p.99). Esta representación no se ajusta del todo a la realidad.

Bien es cierto que el reparto geográfico de los Chalecos Amarillos corresponde a “la Francia del vacío, la que está poco poblada y que continúa a despoblarse, aquella en la cual los servicios públicos y privados cierran, una Francia cada vez más alejada” (p.102). De hecho, “la despoblación tiene inevitablemente consecuencias. Las oficinas de correos, las escuelas, las maternidades, los pequeños comercios cierran, por falta de público. El desierto no es solamente humano, es también administrativo” (p.102). No es casual que los Chalecos Amarillos estén especialmente movilizadas en estas zonas. En efecto, “el incremento del coste de los carburantes no era solamente una cuestión coyuntural, [ya que] cuestionaba globalmente un modo de vida” (p.104).

En general, en la elección presidencial gala de 2017, “el voto FN [de extrema derecha] aumenta rápidamente con el alejamiento de una gran ciudad” (p.105). Corresponde a las zonas en las cuales el hábitat periurbano [predomina], aquellas donde los habitantes trabajan (...) en el centro o cerca del centro de la gran ciudad [más] próxima” (p.105). Asimismo, en los pequeños municipios rurales, el voto frentista es elevado. En varios aspectos, “los territorios alejados de las grandes

ciudades parecen estar desfavorecidos”, como lo muestra la cartografía del nivel de vida mediano del municipio (p.107). Así, “los niveles de vida más elevados se encuentran en la primera corona que rodea las grandes ciudades”, mientras que disminuyen a medida que nos alejamos de ellas (p.107). De hecho, “hasta una distancia de 50 kilómetros del centro de las grandes ciudades, el nivel de vida decrece” (p.107).

A ese respecto, es preciso indicar que “el nivel de vida de los municipios depende (...) de su composición social. Desde ese punto de vista, existe una gran diferencia entre los pequeños municipios (...) y las grandes ciudades (...). Los primeros solo constan del 10% de [directivos] y de profesiones liberales, [mientras que] los segundos [concentran] el 30%” (p.109). Y, “dado que el título académico está estrechamente vinculado a la posición social, se puede hacer la misma constatación con la educación” (p.110).

En cambio, “el alejamiento de la gran ciudad no concentra los problemas sociales. Al contrario, estos son más agudos en el centro que en la periferia próxima o lejana” (p.117). De hecho, “los más pobres y los más ricos están interesados en vivir a proximidad del centro por razones diferentes, [unos] para utilizar mejor su red de relaciones y los recursos culturales, y [otros] para aprovechar las oportunidades de empleo que las zonas rurales no les ofrecían. Fuera de los grandes centros, una mayor igualdad [prevalece]” (p.115). En otros términos, mientras que las grandes ciudades ofrecen la esperanza de acceder a un estatus superior, los territorios alejados protegen socialmente (p.115). De modo que sea necesario abandonar “una visión binaria de la sociedad en la cual los problemas se incrementarían a medida que unos se alejan de las grandes aglomeraciones” (p.114).

En el octavo capítulo, que se adentra en la educación y la movilidad social, el demógrafo galo constata que, en un país meritocrático como Francia, se ha producido últimamente “un deslizamiento de la escala social hacia las categorías superiores (...) más lento que el de la [obtención de títulos académicos]. Ese divorcio tiene graves consecuencias tanto para el valor de los diplomas como para su utilidad social. La confianza en su valor se ha [reducido]. El malestar social de Francia está ampliamente vinculado a ese desajuste”, nos dice el autor (p.119).

En efecto, si, en 1968, el 36% de los habitantes de entre 25 y 54 años carece de cualquier título, esta proporción representa el 12% hoy en día. A su vez, la proporción de diplomados de la enseñanza superior ha pasado del 5,7% al 36% durante el mismo periodo” (p.119). Esta evolución resulta de “una progresión sin precedentes de la duración de los estudios entre 1975 y 1995 (...). Los jóvenes franceses han [tenido la esperanza de] encontrar en los títulos académicos un antídoto al desempleo de masas que se amplificaba entonces” (p.120). Aunque hayan sido rápidos, “el crecimiento de la proporción de [directivos] y el de la proporción de aquellos que han proseguido sus estudios después del bachillerato (...), no son del mismo orden de grandeza. La proporción de [directivos] ha aumentado, en valor absoluto, de 10 puntos”, mientras que la de los titulados de la enseñanza superior lo ha hecho de 30 puntos (pp.121-122). Por lo cual, “la posesión de un [título] superior al bachillerato ya no garantiza el acceso a la clase superior” (p.122). De hecho, “la economía real y la educación no han evolucionado al mismo ritmo”, lo que es difícilmente soportable en un país que aspira a ser meritocrático (p.122). Y, “cuando la oferta de diplomas supera ampliamente la demanda de titulación, la selección se basa en otros criterios”, tales como el entorno social de la familia y su red de influencia (p.122). En este caso, la meritocracia deja su lugar a la reproducción social (p.122).

De manera general, en la actualidad, la estagnación social prevalece en Francia (p.126). Mientras que, entre 1999 y 2007, la movilidad social ha sido efectiva, esta se ha estancado entre 2007 y 2015 (p.128). Y así lo perciben los ciudadanos. “A la pregunta: ¿Con respecto a hace treinta años, las posibilidades de éxito en la vida se han convertido en más equitativas en Francia?, el 57% de las personas interrogadas responden por la negativa y solamente el 22% positivamente. De los 29 países de la Unión Europea, Francia tiene el porcentaje más elevado de respuestas negativas (...). La media europea es del 29% de respuestas negativas y del 46% de positivas” (p.129). Asimismo, “la proporción de [ciudadanos galos] que piensan haber conocido un menor éxito que sus padres supera de cinco puntos la proporción de aquellos que piensan haberlo hecho mejor que la generación [anterior]” (pp.129-130). Francia obtiene el peor resultado de toda Europa” (p.130). Pero, cuando comparan su éxito al de sus abuelos, su valoración es positiva y se halla en la media europea (p.130).

En resumidas cuentas, “los franceses tienen una sensación de fracaso más fuerte que en los países vecinos”, pero son incapaces de dar una explicación racional (p.131). “Ni los estudios, ni el origen familiar, ni el origen étnico, ni las relaciones políticas parecen ser capaces de explicar su sensación de fracaso” (p.131). En realidad, los ciudadanos galos no valoran su situación presente, sino sus perspectivas de futuro, ya que la movilidad social ascendente parece haberse estancado (p.131).

Además, la inserción de las mujeres en el mercado laboral es una de las transformaciones más importantes de la segunda mitad del siglo XX. “Mientras que menos de 50% de las mujeres de entre 25 y 55 años eran activas en 1962, son más del 80% hoy en día” (p.133). Una de las consecuencias de esta transformación ha sido “la estabilidad de la tasa de empleo de las personas de más de 20 años desde el inicio de los años setenta” (p.134). Ese incremento de la presencia femenina en el empleo ha significado también que “las mujeres pasen del espacio privado, donde se hallaban bajo la dependencia [de los hombres], al espacio público, donde pueden gozar de autonomía” (p.137).

No en vano, la igualdad salarial entre hombres y mujeres es todavía lejana, dado que, “entre 2005 y 2015, la diferencia de salario medio entre los dos sexos tan solo ha bajado del 20% al 18%” (p.137). Todo ello, a pesar de que, a nivel de la titulación académica, las mujeres han superado a los hombres. Pero, “la progresión de la educación no se ha traducido por una progresión social”, no al menos en las mismas proporciones (p.140). “A títulos iguales, las mujeres están lejos de tener las mismas posiciones que los hombres. Esto es especialmente claro en los niveles más altos de educación” (p.140). Y si los ciudadanos galos aspiran a una mayor igualdad de género, “siguen siendo pesimistas en cuanto a la posibilidad de alcanzarla” (p.144). Ese pesimismo se explica por su escepticismo en cuanto a las posibilidades legales y por su sobreestimación del rol desempeñado por los medios de comunicación (p.147).

En el apartado de conclusiones, el autor recuerda que “un país no está bien o mal [en sí] sino respecto a otros países y en relación a su pasado [reciente]” (p.150). En comparación con los demás países europeos, Francia es “uno de los menos pobres y uno de los más igualitarios. Posee uno de los sistemas sanitarios más eficaces y uno de los sistemas de pensiones más generosos. Sus territorios rurales son más seguros, padecen menos paro y sub-educación que el corazón de las grandes ciudades” (p.150). En referencia al pasado, el panorama es menos halagüeño. “A un periodo de crecimiento rápido hasta 1974, ha sucedido hasta 2008 un crecimiento más débil e irregular, y luego, en los últimos diez años, una práctica estagnación” (p.150). “La pobreza ha

crecido ligeramente, la esperanza de vida tiende a estancarse, la criminalidad no disminuye [y] el número de presos aumenta” (p.150).

De cara al futuro, “para numerosos franceses que han salido de la pobreza, el acceso a la profusión de bienes de consumo estaba a [su alcance] y, de repente, [esta expectativa se ha difuminado]. Las demandas recurrentes de incremento del nivel de vida, de revalorización del salario mínimo interprofesional y de las pensiones de jubilación traducen ese desencanto” (p.151). Se sienten decepcionados por su inmovilización en un estatus social determinado, sensación reforzada por las escasas perspectivas ofrecidas a sus hijos (p.152).

En cualquier caso, “la dificultad de la situación francesa no estriba (...) en unas causas puramente socioeconómicas, sino en unas percepciones, representaciones [y] mitos que, por definición, no [se corresponden con] la realidad” (p.153). En definitiva, “Francia está bien según numerosos criterios pero los franceses no se dan cuenta de ello a causa de segregaciones cada vez más numerosas en función de la educación, la distancia [respecto] a las grandes ciudades, los orígenes sociales, [e incluso] la separación entre actividades intelectuales y manuales” (p.155).

Al término de la lectura de la obra *Se sentir mal dans une France qui va bien. La société paradoxale*, es preciso subrayar la gran actualidad del tema elegido, un año después del inicio del movimiento de los Chalecos Amarillos que ha sacudido a Francia, tratando de comprender las razones que han provocado esta movilización y poniendo de manifiesto los desfases existentes entre los datos objetivos y las percepciones subjetivas. Lo hace utilizando diversas técnicas estadísticas, que domina a la perfección, y que dan lugar a un gran número de cuadros, gráficos y mapas que, a la vez, ilustran la demostración y propician su comprensión por el lector. No en vano, si su razonamiento es convincente a la hora de explicar el desfase existente entre realidad empírica y percepción social, no lo es tanto cuando trata de dar cuenta del porqué del malestar y del descontento social que expresan las personas que forman parte del movimiento de los Chalecos Amarillos.

En todo caso, la lectura de esta obra es indispensable para tener una visión documentada y pormenorizada de la sociedad gala.

2. Bibliografía

- LE BRAS, H. (1994): *Les Limites de la planète: mythes de la nature et de la population*. París: Flammarion.
- LE BRAS, H. (1998): *Le Démon des origines: Démographie et Extrême Droite*. La Tour d'Aigues: Éditions de l'Aube.
- LE BRAS, H. (2005): *La Démographie*. París: Odile Jacob.
- LE BRAS, H. (2017): *L'âge des migrations*. París: Autrement.
- LE BRAS, H. (2019): *Se sentir mal dans une France qui va bien. La société paradoxale*. La Tour d'Aigues: Editions de l'Aube.